

# El grito de Libertad del Pensamiento

Alejandro Rosas  
Departamento de Filosofía  
Universidad Nacional de Colombia  
arosas@bacata.usc.unal.edu.co

En su ensayo “*El filósofo como pensador profesional*”, Schumacher expone unas reflexiones sobre la profesión de la filosofía, proponiendo que sustituymos nuestra imagen del filósofo romántico por un modelo de filósofo profesional, experto en un saber conceptual y en sus técnicas. En una carta abierta, el prof. Díaz ha respondido con mucha ironía contra este modelo de filósofo profesional, propio del mundo anglosajón. Sus críticas puntuales e interesantes están adornadas con una retórica sarcástica y escéptica. Díaz no oculta su vena escéptica, pero piensa en cambio que el romántico criticado por Schumacher es una caricatura inexistente, o existente sólo en mentes desquiciadas. Creo que Díaz se equivoca, y que subestima la presencia de un modelo romántico legítimamente criticable en nuestra profesión. Una prueba clara de ello son sus mismas tesis, en donde veo, además de agudas observaciones, un buen ejemplo de romanticismo, así como también, más obviamente, de escepticismo. Si tuviera que clasificar su ironía, diría que nace de las honduras de un escepticismo romántico. Se trata de un escepticismo que coquetea con el escepticismo radical sin querer asumirlo, porque un escéptico radical auténtico no se expresaría siquiera, menos en un debate filosófico. En cambio el escéptico romántico se puede dar el lujo de armar un discurso con una finalidad ambigua, en parte para el disfrute estético, pero en parte también con la intención seria de darles altura y alcurnia filosóficas a las tesis destructivas del escepticismo.

La mayor ironía de su carta es que sus tesis irritan a quien valore la consistencia lógica en un texto filosófico. Su falta de consistencia es, para mí, un rasgo eminentemente romántico. Díaz construye su crítica irónica con base en presupuestos contradictorios. Por ejemplo, contra la instrumentalización de la filosofía en la cuestión de la utilidad, defiende que la filosofía ha sido siempre un “un grito de libertad para el pensamiento, una decisión de no recibir más restricciones que las que nos imponga el mismo ejercicio del pensar.” Aquí obsérvese la tensión entre el grito de libertad -¿qué puede haber más romántico que eso?- y las restricciones o reglas que el mismo pensamiento se impone. El grito de libertad puede llevar hasta el *solus ipse* - el sujeto solitario-, mientras que el pensar en cuanto tal funda la comunidad de los que piensan. Entre estos dos polos se mueve, indeciso, su discurso. En su ironía contra los controles de calidad propuestos por Schumacher, sugiere como alternativa el juicio de la historia, que se puede entender como un saber común. Pero en cambio, contra la utilidad esgrime la idea de la incomunicabilidad de la filosofía, según la cual

ella no se define por temas o contenidos compartidos, sino más bien como actividad individual, como aventura solitaria; aventura que puede ser emprendida por muchos, pero sólo como otros tantos viajeros solitarios, no como interlocutores ni compañeros de viaje.

También su tesis más constructiva es ambigua e indecisa: "la filosofía nos puede servir para esclarecer el sentido de nuestra existencia"; "nuestra existencia" puede querer decir una existencia compartida, la mia y también la de muchos otros; pero la tesis de la incomunicabilidad nos invita a entender "nuestra existencia" en el sentido solipsista de la existencia de cada cual. Si Díaz es un solipsista y lo sabe, entonces no hay para él, ni filosóficamente, ni en ningún otro sentido, un asunto para el debate y el pensamiento. Pero si busca el esclarecimiento de nuestra existencia en el sentido de una existencia compartida, entonces da un paso fundamental en una dirección contraria al escepticismo. Si queremos saber cómo asumir nuestra existencia compartida, es obvio que tenemos que poder comunicarnos y que tiene que haber objetividad. No podemos pensar al tiempo que la filosofía es el esclarecimiento de una existencia compartida y que es incomunicable. Pero tampoco podemos dudar de su utilidad, pues la misma tesis dice que el conocimiento filosófico es un medio para esclarecer el sentido de nuestra existencia. Díaz no parece tener conciencia de estas inconsistencias en su propuesta, y eso sólo se le perdona a un romántico. Mientras las propuestas de Schumacher suenan ingenuas en su afán por ser concretas y consistentes, Díaz razona en el limbo en donde la consistencia es un juego que se puede interrumpir. Recuerda al niño que se presenta a su madre con pies descalzos, mientras le asegura con tierna ingenuidad que ya se se puso los zapatos.

En el momento en que aceptemos la tesis de que la filosofía es esclarecimiento de la existencia compartida, tenemos que tener un compromiso claro con la utilidad e incluso con la existencia de procedimientos confiables para verificar la calidad de un escrito o tesis filosófica. Si la filosofía es esclarecimiento, supone claramente la existencia de un conocimiento intersubjetivamente accesible, y no sólo de lo singular, sino de una naturaleza compartida: un conocimiento objetivo y universal. Si esto es así, no es difícil ver por qué debemos preferir una concepción de la filosofía como profesión colectiva a una concepción romántica e individualista. El modelo de profesión colectiva de Schumacher exagera los motivos formalistas e instrumentales. Parece proponer que la filosofía ha de enseñar el manejo de conceptos sin importar qué conceptos sean. Aquí se echa de menos la idea de que la filosofía maneja también tradicionalmente unos debates y unos temas en cuya especial lógica argumentativa es indispensable educar a los estudiantes. Pienso que tiene sentido continuar con la estrategia pedagógica tradicional de poner a los estudiantes en contacto con textos y problemas filosóficos, en donde pueden ver en concreto qué es pensar y razonar.

filosóficamente. Formar un filósofo es enseñarle a formar imágenes coherentes del mundo, poniéndolo en contacto con las que son típicas y heredadas tradicionalmente en nuestra cultura. Es enseñarle a distinguir entre distintas posiciones, a argumentar en favor y en contra de ellas, y a formarse, en ese proceso, una interpretación propia del mundo; pero en ningún sentido incomunicable, sino en un permanente diálogo con otros.

Las cuestiones de la utilidad y de la calidad pueden tratarse a partir de esta concepción. Su utilidad es obvia. Sirve para orientar a las personas en el mundo, ayudándolos a elaborar su propia interpretación. El mundo social es un mundo de símbolos y reglas y de comportamientos guiados por ellas. Siempre, querámoslo o no, obramos en el mundo con base en la interpretación que hacemos de él. La filosofía cumple su finalidad cuando ayuda a interpretar el mundo de las reglas y las acciones. Su ayuda no sólo se limita al campo de los instrumentos formales del pensar; ella ofrece sobre todo unos contenidos de interpretación del mundo humano y de su historia. Por ejemplo, uno podría, como filósofo, examinar con mayor precisión los presupuestos, la coherencia y la orientación básica de una ideología política; o podría ver la relevancia de la investigación en inteligencia artificial en sus múltiples conexiones con el entramado de nuestra cultura, con un detalle que no vería si no lo fuera. En resumen, la utilidad de la filosofía es que ella nos ayuda a elaborar la interpretación del mundo que necesariamente subyace a nuestro actuar. Esta es una caracterización formal aceptable para posiciones encontradas, pues no se la identifica con ninguna de ellas. La filosofía es la capacidad de hacer el debate entre diversas posiciones y corrientes de pensamiento.

El asunto de la calidad parece mucho más difícil. Pero es obvio que tenemos un criterio mínimo: la consistencia; y cabe aquí recordar también que hay una riqueza de problemas filosóficos debatidos con mucha penetración y vehemencia en nuestra cultura. La filosofía debe orientar en esos debates y mostrar su relevancia en el contexto mayor de nuestra vida compartida. La calidad de una filosofía está estrechamente ligada a su capacidad para ofrecer orientación en este sentido. Aquí tenemos que aceptar que los criterios de calidad que podemos formular se apoyan en una competencia filosófica semejante a la competencia lingüística, que funciona en parte intuitivamente; la alternativa es condenarnos a un escepticismo sin escapatoria. La idea de Schumacher del filtro de los muchos ojos no me parece del todo ingenua; pues sobre el supuesto de que se trata de los ojos de entendimientos filosóficamente entrenados, la calidad se autorregula una vez que se asegure una vida pública al debate y a la confrontación. Donde no hay debate ni confrontación, no hay comunidad, y donde no hay comunidad, tampoco surge la chispa de la síntesis genial. El genio proviene y se nutre de la comunidad que lo declara como tal.